

## FILM REVIEWS



### Llega la primavera árabe en *Un diván en Túnez* (2019), de Manele Labidi Labbé

Por IGOR BARRENETXEA  
MARAÑÓN

Su título original es *Arab Blues*, y se trata de la ópera prima de Manele Labidi Labbé. La joven y prometidora directora, nacida en 1982, en París (aunque con raíces tunecinas), tras estudiar ciencias políticas y económicas, decidió dar el salto a la escritura y de ahí al cine. *Un diván en Túnez* es su gran apuesta personal, como guionista y directora (su primera realización fue un cortometraje, *Une chambre à moi*), siendo presentada en los Festivales de Venecia (Premio del Público) y Semana Internacional de cine de Valladolid (Sección oficial). La película hay que entenderla no solo como obra cinematográfica, sino bajo el marco de un contexto tan peculiar y necesario como ha sido, y sigue siendo, el proceso de transformación que se está intentando llevar a cabo en Túnez por la

democratización del país, siendo el precursor de la primavera árabe, en 2011.

Partiendo de ahí, es necesario observar cada aspecto y cada personaje de una narración que tiene como pilar fundamental el regreso de una joven psiquiatra, Selma, para poner una consulta en Túnez. A pesar de la desconfianza inicial y de que otros estiman que va a ser un fracaso, pronto descubre la necesidad de sus vecinos por desvelar sus inquietudes íntimas. Al principio, pocos saben qué es eso del psicoanálisis.

La primera imagen introductoria es muy singular, cuando el transportista que ayuda a Selma a trasladarse se queda mirando el retrato de Freud y piensa que es árabe porque lleva barba. Cuando Selma le responde que es judío, el otro le advierte que tenga cuidado de que nadie lo sepa.



A partir de ahí, Selma se dedica a preparar su consulta y a recorrer con una destartalada camioneta las calles de la ciudad repartiendo su tarjeta, mostrándonos no solo una sugerente historia sino un mosaico social de lo más variopinto, desde una peluquera con mucha personalidad a un panadero al que le gusta travestirse, pasando por un hombre represaliado y otras muchas personas. Como telón de fondo, se halla una sociedad en cambio, en donde el tradicionalismo y la modernidad chocan, buscando una manera de entenderse. Pero también es un alegato por la patria chica.



Selma es, desde el principio, una mujer incomprendida. Si todos quieren escapar de la miseria reinante hacia Europa, ella regresa, aduciendo que allí hay demasiadas consultas. Al principio, piensan que lo ha hecho porque está embarazada o porque huye de algo. No entienden su regreso, creen que París es una especie de Edén, y que irse de allí es incomprendible, viendo la miseria reinante. Sin embargo, a medida que Selma logra ganarse la confianza de las personas, y desarrollar su trabajo, se encuentra con un problema. Necesita sacarse la licencia para abrir la consulta. Y un policía, medio enamorado de ella, a quien conoce en un control rutinario, la vigila atento, previniéndola que en Túnez impera la ley. Sin embargo, la pobre Selma se debe enfrentar a un sistema burocratizado, lento y pasota, teniendo que acudir día tras día donde la funcionaria de turno para ver si logra agilizar su expediente, mientras atiende ilegalmente a sus pacientes, que ya dependen de ella.

No hay duda de que *Un diván en Túnez* pretende ser una metáfora sobre

la nueva realidad social a través del referente liberador que trae consigo la terapia emocional. Ciertamente que el filme tiene dos profundas carencias, el ritmo, la trama se hace un tanto lenta en algunos momentos, y, sobre todo, una mayor hondura en el complejo paisaje humano tunecino. Aun así, ya es un logro enorme que se hable de este escenario postdictadura de Ben Ali

Túnez, después de todo, se enfrenta no solo a un proceso de democratización complejo, en el que todavía las fuerzas conservadoras (ligadas a la dictadura) e islamistas pugnan para que el proceso liberador sea más lento o no se dé. Mientras tanto, la sociedad debe soportar, en su día a día, con resignación un marco en el que la corrupción, los trapicheos y la desconfianza están a la orden del día. Selma reivindica un nuevo papel en este nuevo mundo, enfrentándose a las adversidades con tesón y valor. Pero... llega a un punto en el que quiere echar la toalla porque todo son trabas y parece que se halla en un callejón sin salida para obtener su anhelada licencia.



La reconocida internacionalmente y premiada actriz iraní Golshifteh Farahani encarna a esta mujer árabe estupendamente, remarcando, así, el empoderamiento femenino en una sociedad donde no es nada fácil que ocurra. Pues, todavía, el único rol importante que cobra la mujer es casarse. El hecho de que la protagonista fume constantemente, vaya tatuada y no tenga marido se convierte en tres rasgos muy liberales. Es una pena que no se exploten otros factores, como cuando su sobrina decide casarse con un amigo gay para poder emigrar a Francia, su gran sueño, y así poder escapar del país, convirtiéndolo en un aspecto anecdótico, pudiendo dar más de sí. O que aborde las secuelas

traumáticas, más allá de algún aspecto puntual, de lo que fue la dictadura. Cierto es que se dan alusiones a los padres de Selma, exiliados, seguramente, huidos durante la dictadura, pero se queda como un mero apunte. O, en otro momento dado, cuando necesita de un apoyo institucional para agilizar su expediente, acude donde su abuelo, un anciano enfermo, hombre del régimen, rodeado de fotografías de Ben Alí, y que todavía piensa que está al frente del estado. Lo que muestra que vive en su propia irrealidad. Del mismo modo, también se alude al temor a los salafistas, cuando Selma y su sobrina se quedan tiradas en pleno páramo, y son recogidas por *Freud*.



*Un diván en Túnez* no es una radiografía profunda de la sociedad tunecina, ni tampoco es una gran alegoría, pero su valor descansa en el hecho de que es un atrevido fresco social, + tierno y simpático que no podría entenderse sin el contexto actual en el que Túnez busca su identidad diversa, humana y vital, con ciertas dificultades. En este sentido, Labidi Labbé, como antes lo hicieron Nadine Labaki, o Haifaa Al-Mansour, se suma a un listado de interesantes y necesarias directoras.

**T.O:** *Un divan á Tunis (Arab Blues).*

**Producción:** Kazak Productions (Francia. 2019.). **Dirección:** Manele Labidi Labbé. **Guión:** Manele Labidi Labbé. **Música:** Flemming Nordkrog. **Fotografía:** Laurent Brunet. **Intérpretes:** Golshifteh Farahani, Majd Mastoura, Hichem, Yacoubi, Amen Arbi, Ramla Ayari y Aïsha Ben Miled.

**Duración:** 88 min. Festival de Valladolid, Seminci, Sección Oficial.